

PAGINAS DE GEOGRAFIA DE COLOMBIA

Por: MANUEL JOSE FORERO.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 57, Volumen XVI
Primer Trimestre de 1958*

DE BOGOTA HACIA TUNJA

El viajero que sale de Bogotá hacia norte, sobre las tierras de la Sabana, alcanza las de Tunja en breves horas. Hoy las fáciles comunicaciones permiten vencer con prontitud distancias que fueron en otros tiempo objeto de fatigosas jornadas. Algo más de 163 kilómetros separan a Bogotá de Tunja por buena carretera.

El antiguo camino deleznable del norte se halla convertido hoy en carretera de piso firme. A derecha e izquierda campos poblados de ganado vacuno manifiestan la ocupación de lo aldeanos. Siembras extensas de papa y maíz indican la índole agrícola de las extensas comarcas tendidas entre la capital de Cundinamarca y la capital de Boyacá.

Usaquén y Suba, Chía y Cajicá, Zipaquirá y Nemocón, Tocancipá y Gachancipá, Sesquilé y Chocontá, Ventaquemada y Samacá son nombres de poblaciones de notoriedad pertenecientes a los territorios cundinamarqueses y boyacenses situados en la cordillera oriental colombiana. Singularmente, Zipaquirá ha tenido riquezas y prestancia superiores a las de otros núcleos sabaneros. Cuando hablamos de sus salinas pudimos extendernos acerca de sus haberes naturales. Colectivamente hablando, conviene registrar el hecho de que una decisión de la Santa Sede ha hecho a Zipaquirá gobierno episcopal desprendido del metropolitano de Bogotá, a partir de 1952.

Unen a la ciudad primera de Cundinamarca y al más destacado de Boyacá tierras de sembradura y dehesas prósperas. Cuando sea hora de hablar en estos capítulos de geografía propósito de los caudales que ellas representan, se echará de ver el significado económico de sus abundantes reservas naturales. Baste por ahora tener entendido el valor que para el hombre andino está encerrando y protegido en ellas.

Al describir el geógrafo francés P. Denis las vastas regiones colocadas al norte y al sur de Tunja manifiesta: «Una cortina de páramos, cuyo pie está parcialmente cubierto de selvas, separa las altiplanicies del Suárez de la alta llanuras de Tunja y Sogamoso. La región de las altas llanuras, de Sogamoso a Bogotá, es un ambiente geográfico de notable originalidad. La densidad de la población chibcha en estas tierras altas, atestiguada por los cronistas, se revela aún hoy por la persistencia del tipo indio casi puro, mientras las tierras templadas por las vertientes exteriores y del norte de la cordillera están habitadas por mestizos ... Mediante la cría de ganado han sido utilizados los altos pastos, más arriba del límite de los cultivos, y con ello se ha dado un valor económico a los páramos, que formaban otras tantas marcas fronterizas desiertas entre los diversos grupos chibchas», (Cf. Geografía Universal por P. Vidal de la Blache y L. Gallois. Colombia por P. Denis. Ed. de Barcelona, Montaner y Simón, tomo XXI, páginas 79 a 87).

Si las narraciones chibcha mayormente cercanas a la penetración española hubiesen dado a conocer la época probable en que se incorporó ese grupo humano a las regiones aludidas, dispondríamos de ciertos elementos reveladores del crecimiento de la población primitiva y, por consiguiente, de sus posibilidades alimenticias. No disponemos en modo alguno de tales recursos ilustrativos de la materia, y apenas sabemos por informaciones cortas de conquistadores y doctrineros doctos cuánta fue su sorpresa al tropezar después de las tremendas jornadas del Opón y de Vélez con poblaciones abundantísimas en habitantes laboriosos y activos.

A la tierra le daban simientes, afanes y cuidados; y de ella recibían papa de buen sabor, maíz, legumbres fresca y cuanto era codiciable para el mantenimiento y progreso de la vida rústica.

Sería ingenuidad imperdonable creer a pie juntillas las cifras señaladas por los viejos escritores al referirse a la población muisca de la cordillera oriental. Pero es evidente que la existencia de

cerca de trescientas aldeas mayores y menores en Cundinamarca y Boyacá dice actualmente cómo debió de ser la fisonomía activa de los tiempos antiguos.

La protección contra el frío fue obtenida por medio de las mantas de algodón en que se ocuparon millares de brazos, tanto en los días anteriores a la presencia castellana como en los posteriores. Habitados todos los habitantes, desde la niñez, a los vientos helados procedentes de los boquerones y páramos, nunca manifestaron ánimo descontento por su causa. Precisamente los naturales ofrecieron a los soldados de Gonzalo Jiménez de Quesada, de Hernán Pérez de Quesada y de Gonzalo Suárez Hondón abrigo acomodado, cuando la inclemencia de la tierra desconocida les azotó y les hizo temblar. No es preciso decir que la altiplanicie significó para ellos grato sosiego, después de que soportaron la violencia de la hoya del Magdalena y de las selvas oscuras y cálidas del Opón.

Acerca de la abundancia de la industria algodonera y del beneficio logrado por los habitantes no hay duda alguna. Aún en los decenios posteriores a la proclamación de la independencia, es decir, a todo lo largo del siglo XIX, los tejidos de Sogamoso y del Socorro, de Guateque y de Samacá, de Sáchica y de Ubaté, de Gachetá y de Subachoque, vistieron, además de las gentes indígenas, a muchos españoles cuyos recursos no eran bastantes a proveerlos de paños y géneros manufacturados en España.

Estudios minuciosos a propósito del equilibrio existente entre el número de los habitantes de las tierras altas y los productos vegetales originarios de ellas pueden determinar hoy las razones de su crecimiento sostenido.

Es cosa averiguada que varias circunstancias condujeron a los expedicionarios del siglo XVI a la residencia cortesana del monarca de Tunja, a quien hallaron en su *cercado* mayormente protegido por hombres fieles que por armas poderosas y duras. Una de las razones que les llevaron fue la de obtener su amistad voluntaria o su vasallaje obligado, pues no entró nunca en el plan conquistador la subsistencia de señores cuya autoridad contradijese a la del rey castellano. De otro lado, la fama tocante a las riquezas áureas del Zaque resultaba aliciente crecido para hombres

sin fortuna paterna ni peculio propio, concertados -a causa de su esforzado corazón- por los capitanes de las mayores exploraciones en América.

El veinte de agosto de 1537, según testimonios acreditados, llegaron los españoles a Tunja, situada a una altura de 2.820 metros sobre el nivel marino. La temperatura fría en extenso los mordió con aspereza, pero la certidumbre de que en los términos de la ciudad encontrarían tesoros cuya distribución por su caudillo les haría ricos, empujó con presteza sus movimientos. No difería la casa principal de las muchas puestas al rededor como centinelas, pues jamás dispusieron los muiscas de una arquitectura cuyas cualidades eminentes les permitiese edificar verdaderos palacios. El cercado del monarca aborigen fue pronto allanado por las tropas audaces, sin que fuesen parte a detenerlas el vocerío amenazante de la muchedumbre ni las ineficaces armas de los guardianes.

Las noticias recibidas poco antes de la penetración europea por los indígenas sometidos a la voluntad del Zaque de Tunja se vieron confirmadas hasta el extremo. Que eran pocos resultaba cosa visible; y su audacia natural fenómeno desconcertante y notorio. No parece posible imaginar con exactitud los sucesos afanosos de la toma de Tunja, pues apenas subsisten las descripciones generales del hecho legendario. Sin embargo, pueden suponerse la zozobra de los unos y la temeridad de los otros, el choque de los soldados de Quesada con los impotentes súbditos del aborigen coronado, la desconsolada faz de los vencidos y la ardiente mirada de los vencedores.

En verdad, había pretendido Quimuinchatecha desviar a los españoles del distrito particular de su vivienda, aprovechando su conocimiento minucioso de la geografía boyacense y la ignorancia infinita de los españoles con relación a ella. Finalmente, pocos días antes de que estos lo alcanzasen «mandó que saliese al encuentro gran parte de la gente plebeya con mucho bastimento y telas de algodón de presente, para que, cebada la codicia en recibir las, se detuviesen entre tanto que él ponía en cobro la mayor suma de sus tesoros... ». Así describió el cronista Don Lucas Fernández de Piedrahita los momentos iniciales de la jornada, en el libro *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*.

Continuó relatando el famoso Obispo de Santa Marta los acontecimientos de la manera siguiente: «Toda su pretensión hubiera logrado Quimuinchatecha, si ya cuando salieron los indios con el presente no llegaran los españoles a los primeros burgos de la ciudad y estuvieran a vista de un cercado a tiempo que la luz del sol solamente aseguraba dos horas del día, .. Aunque desmayado el sol hería de frente en las casas principales», en cuyas puertas estaban suspendidos, innumerables objetos de oro, incluso láminas repujada de diversos tamaños. Agrega el cronista que el roce de todos ellos era música blanda para los oídos de los conquistadores.

«Entonces Quimuinchatecha, hallándose imposibilitado de poder salvar la persona por sus pies ni por los ajenos, respecto de su mucha corpulencia y edad, que sería de hasta sesenta y seis años, mandó a sus guardas cerca en las puertas del palacio ... teniendo ya en la menor casa de las que había dentro recogida mucha cantidad de oro en petacas ... Mas viendo sus guarda y criados el repentino avance de los españoles, fueron arrojando por la parte superior de la cerca la mayor parte de aquellas cargas, que recogían los indios de afuera, sin advertirlo los españoles ... Los españoles trabajaban en romper la ligaduras y amarras de la puerta principal en que estaban detenidos, sin darse maña a conseguirlo, porque se embarazaban unos a otros, hasta que el alférez Antón de Olalla, sacando la espada cortó de un golpe lazos y vueltas tan diestramente, que abrió paso por donde pudiesen cómodamente penetrar los infantes ; que visto por el General Quesada, desmontó del caballo, y en compañía de Olalla y de otro diez compañero, fueron los primeros que entraron dentro, siguiéndolo después toda la infantería con el fin de hacerles espaldas ... ».

El celebrado historiador dice adelante que los españoles «hallaron a Quimuinchatecha asentado en un *duho* o silla baja, y puesto en pie en contorno de él copioso número de gentil- hombres de su casa y demás criados, que serían más de mil, todos con patenas de oro en los pechos, medias lunas en las frentes y debajo de ellas rosas de pluma... las vestiduras matizadas de diferentes colores. El Zaque, sin embargo de reconocer a los españoles tan cerca de su persona y con tan sangrientas señales, e estuvo inmóvil y severo, sin dar muestra de sobresalto ni de movimiento alguno... ».

Apoderáronse los españoles del rey de Tunja, no sin que la sangre de atacantes y atacados dejase de correr largamente «porque eran los más nobles tunjanos los que peleaban dentro de la cerca, y no hay sangre ilustre que en el riesgo de su príncipe se pueda contener dentro de las venas», según el decir del cronista.

Guardianes suficientes fueron apostados en una de aquellas casas del cercado, para mantener a raya a los indígenas clamorosos y azorados, mientras algunos soldados buscaban las riquezas del monarca. «En una petaquilla de las que estuvieron dispuestas para retirar del palacio y no pudieron, encontraron ocho mil castellanos de oro y una urna en forma de linterna del mismo metal, que encerraba los huesos de un hombre muerto, y pesó seis mil castellanos».

La petaquilla y la urna fueron apenas indicio breve de las riquezas que el anochecer les deparó; a las tres horas de condiciosas pesquisas habían recogido los españoles tantas alhajas de oro que «puestos los infantes en torno de él no se veían los que estaban de frente; y los que se hallaban a caballo apenas se divisaban, como lo afirma el mismo Quesada en el capítulo nono del primer libro de su *Compendio Historial del Nuevo Reino*». (Cf. Piedrahita, libro Quinto, capítulo cuarto).

Si el viajero de hoy refresca estas memorias al entrar a la ciudad donde ocurrieron tales sucesos en la tarde del 20 de agosto de 1537, y si evoca el cercado y las habitaciones muiscas del siglo XVI, encuentra ciertamente cambiado el remoto paisaje. En la extensa plaza principal advierte los muros de piedra del más insigne de sus templos, en tanto que al rededor de aquella ve levantarse con arrogancia señorial viejas mansiones que pertenecieron a hidalgos colonos de los siglos XVII y XVIII. Desaparecida la influencia política del Zaque de Tunja, y dispersados sus servidores sobre la ancha tierra boyacense, los peninsulares edificaron una ciudad forjada a imagen y semejanza de las castellanas y andaluzas.

Las tierras de Tunja reunieron en tiempos viejos a los naturales y les brindaron vivienda no tan calurosa como apacible. Del comercio increíble de los vasallos del Zaque obtuvieron reyes y cortesanos los caudales infinitos de que se vieron privados, en parte apenas, en la noche de agosto. Los señores aborígenes vieron prosperar las fundaciones y levantarse los *ranchos* humildísimos, tal como varios años después del descubrimiento pudieron admirar los

encomenderos y capitanes el esplendor de las formas de vida cristiana, a través de estos campos y a la altura de estas sierras y peñascos.

Poblaciones densamente habitadas formaban y forman un círculo de proporciones importantes, en rededor de Tunja. Sora y Soracá, Chivatá y Oicatá, Motavita y Cucaita, Siachoque, Sotaquirá y Sáchica, Toca y Siachoque son nombres reveladores de distritos a donde llegaba el señorío del rey tunjano, obre los cuales se hizo patente -poco después de 1537- la majestad de España. Indígenas son tales denominaciones, lo que demuestra su abolengo americano neto, permite advertir las circunstancias geográficas del reino de los Zaques, y abona la fuerte raigambre de los naturales en aquellas vertientes y valles.

Por carecer Tunja de agua y leña, indígena indispensable esta última en los tiempos coloniales para el fuego de los hogares, se comprende la dificultad suma de su mantenimiento desde la hora de su fundación por Gonzalo Suárez Rendón hasta días un tanto cercanos a nosotros. Si anchurosos ríos la hubiesen regado, pronto sus pobladores hubieran sido muchos, y el caserío al dilatar sus brazos habría llevado en todas direcciones la influencia tutelar de las ciudades principales. Solo en la *fuentes grande* y en la *fuentes chiquita* encontraron los españoles aguas frescas y apetecibles, como ocurrió durante muchas décadas con posterioridad a los tiempos del coloniaje.

La sequedad de la fría zona tunjana hizo de los caserones edificados en el recinto de la ciudad lugares a propósito para el desarrollo sosegado de la vida de familia. Las costumbres castellanas, abrigadas bajo los aleros amplios de Tunja, apenas padecieron mudanza en el transcurso de cuatrocientos años. Austera y religiosa fue ella desde el nacimiento de las grandes estancias vinculadas a las encomiendas primitivas, perdidas en la inmensidad del territorio de Boyacá. Tunja necesitó vivir de quienes trajesen agua para su mesa y madera seca para la combustión cotidiana.

La subsistencia de los españoles fundadores en los términos de la ciudad y en la comarca circundante demuestra la potente dominación que sobre los aborígenes ejercieron sin límites ni trabas a partir del 20 de agosto de 1537.

Sobre todas las villas de Boyacá el poblado de caracteres hispánicos a que dio comienzo el capitán Suárez alcanzó preeminencia inmediata. Uno a uno fueron adquiriendo solares y granjas los soldados cuyos recuerdos evocaban todos los días a Toledo, a Valladolid y a Burgo; y una a una tales ciudades influyeron en la hechura y conformación de esta nueva.

Audaces conquistadores tomaron sobre sí la tarea de someter a los súbditos del Zaque domiciliados en aldeas más o menos distantes del regio cercado. Tunja fue centro del movimiento expansivo de los colonos, adueñados luego de Soatá y de Ráquira, de Sogamoso y de Ramiriquí, de Chiquinquirá y Simijaca. Los aposentos señalados por los aborígenes para habitación de los señores nacidos de su sangre pasaron a desempeñar otro empleo, y se trocaron en células de cultura española, cifra y resumen de adquisiciones latinas.

Los enérgicos dominadores de la provincias boyacense apegadas a los valles y montes de la cordillera oriental alcanzaron títulos de la real corona, y, como consecuencia, lograron escudos de armas y blasones bruñidos. Cuando los comenderos edificaron sus casas y dieron remate a la faena pobladora, entonces pusieron sobre los portales de sus casas aquellos yelmos cuyo logro significó el reconocimiento de los reyes a sus altos servicios.

Las mercedes reales protegieron a los peninsulares en que hicieron efectivo en la duración de los tiempos el acto fundador de la ciudad. Ella obtuvo pronto ese título y pudo adornarse con emblema de fidelidad. Los templo y residencias monásticas cobraron grande importancia como centro de difusión evangélica y como lugar apto para la preparación de doctrieros concedores de lo dialectos aborígenes.

No se crea que la abundancia de recursos naturales de Boyacá determinó el crecimiento constante de Tunja en los siglos pasados. Como los inmigrantes miraban singularmente a Santafé al pensar en el interior del país, Tunja se halló desde entonces en posición menos activa. Dice el cronista que los vecinos atendieron pronto a la edificación de casas cómodas para sí y sus familias, en términos que fueron «de las mejores de Indias»

En los días del coloniaje fue Tunja asiento de un Corregidor y Justicia Mayor, cuya jurisdicción alcanzaba a Vélez, Pamplona, Villa de Leiva y Muzo. En el amanecer de la independencia colombiana tomó parte activa en favor de la tesis anti-regentista de acuerdo en un todo con la creación de un gobierno neta mente granadino. Los españoles y criollo comprometidos en otras partes del país con la Regencia de Cádiz, opuesta a la erección de gobiernos americanos libres de su influencia, carecieron en Tunja de posibilidades políticas. Esta laudable actitud de la ciudad y la provincia determinaron la presencia del Congreso de las Provincias Unidas en la Villa de Leiva y en Tunja, bajo la presidencia de Camilo Torres.

El laborioso geógrafo Don Manuel Ancízar escribió en la *Peregrinación de Alpha*: «Yendo por el camino que transpone la colina del oriente y deja a mano derecha el pueblo de Chivatá y a la izquierda el de Soracá, se llega al punto en que de de lo alto se ve la ciudad, media legua distante, y en el promedio el valle margoso, árido y desgarrado, cual si acabara de ser lavado por torrentes impetuosos que lo hubiesen roto en grieta llevándose la vegetación y el suelo cultivable. Arrimada a los cerros de occidente alza Tunja las torres de sus numerosos templos y los ennegrecidos tejados de sus casas. Contemporánea de Vélez, tercera de las ciudades castellana fundada en el país de los chibchas, los años han pasado silenciosos por encima de ella, han encontrado generaciones sucesivas en la misma inmovilidad de hábitos y costumbres, y han añadido marcas de vejez sobre la marcas que pusieron los siglos ya olvidados, y que intactas atestiguan cómo los tiempos modernos no habían llevado por allí su innovaciones».

La Catedral es monumento de primer orden, cuya fábrica fue objeto del nimio cuidado de los tunjanos del siglo XVII, y cuya conservación es honra de los mismos. La describe Ancízar, miembro de la Comisión Corográfica de los años de 1850 y 1851 en las palabras siguientes:

«Por los restos de la antigua riqueza conservados en las iglesias, se conoce que los tunjanos amaban las artes liberales y tenían tacto para juzgar y apreciar sus buenas obras. Lo primero que en esta materia repara el transeúnte es la portada de la iglesia mayor, exquisitamente labrada en piedra, hermosa y noble en el conjunto. Compónese de dos columnas istriadas con primorosos capiteles dóricos sustentando una cornisa de labor acabada, y flanqueadas por dos pilastras que

terminan el revestimiento de piedras sillares y resguardan las inscripciones latinas, casi indescifrables por las embrolladas abreviaturas del estilo pastrano en que fueron escritas.

«Coronan la obra tres perfectas estatuas de mármol común oscuro, que en cierta manera templan con su severidad el lujo de tallados y altorrelieves del resto; flor espléndida que ha brotado en un viejo paredón rústico, parece esta portada sobrepuesta al muro de la fachada del templo, junto a la bárbara y pesada torre, no siendo menester traducir las inscripciones para comprender que aquella joya de arquitectura vino de países más cultos, puesto que no acertaron a rodearla de construcciones que armonizaran con ella, o la hubiesen dejado aislada, sin el ruín vecindario de masas de ladrillo toscas y desmañadas. En lo interior es la iglesia sólida, espaciosa y levantada en arquerías ojivales».

Todo elogio resulta poco en lo atinente a la capilla del Rosario, dentro del templo de Santo Domingo, atendidas su esplendidez y buen gusto. Sobre ella escribió el mismo geógrafo: «Acerca de la capilla diré que es una obra maestra, en cuya contemplación he pasado enteras las horas, admirando lo que pueden la fe y la devoción sincera, y la vida con que son capaces de animar la inerte materia. «Como se entra en la iglesia, y a mano izquierda, se hace un recodo de más de doce pasos de largo y seis de ancho, tan alto cual la nave lateral e iluminado en el fondo por dos ventanillas con vidrios de colores. Desde la raíz de las paredes hasta la cornisa del techo semicilíndrico y cuajado de estrellas y arabescos de esmalte, se extienden tableros de madera esculpidos y dorados ricamente, los cuales sirven de marco a muchos cuadros representativos de la pasión del Salvador, tallados a medio relieve, pintados como los personajes y lugares lo requerían, según el gusto de la escuela florentina y observando las reglas de perspectiva; cuadros ejecutados con admirable paciencia y mucho esmero, lo mismo que el altar del frente, admirablemente cincelado y dorado».

Mucho podría escribirse acerca de los haberes arquitectónicos de Tunja, no menos que sobre sus esculturas y pinturas. La estatua de Santa Bárbara, conservada en sitio principalísimo de la iglesia del mismo nombre, tiene justa fama a causa de la sorprendente perfección de la figura. En la historia del arte colombiano no podrá faltar la descripción de sus cualidades ni la alabanza hacia el artista, ligado a las tradiciones coloniales.

En el templo de San Francisco hemos advertido, en una de nuestras recientes visitas a Tunja, la presencia de algunas tallas en madera semejantes en todo a las que forman la decoración de la iglesia de La Tercera en Bogotá. Al maestro Pedro Caballero debe la capital aquellas joyas, dignas ciertamente de la Catedral de Burgos, según el concepto del argentino Don Miguel Cané. La iglesia acabada de mencionar, regida por los religiosos franciscanos, fue concluida en 1780, y constituye por su contenido uno de los mejores adornos de Bogotá.

También hemos advertido bajo las bóvedas de Santa Bárbara de Tunja una pintura representativa de las almas del Purgatorio, merecedora de mención por lo que vamos a precisar. Carece verdad de mérito artístico aquella imagen ejecutada al óleo, en cuyo plano superior se ven las imágenes del Señor y de su santa Madre, acompañadas de otras figuras celestiales; y en cuya mitad se manifiestan los arcángeles encargados de redimir de las llamas a los espíritus que han sido purificados. La parte inferior del cuadro muestra las fisonomías de algunas almas agobiadas por el tormento pero ansiosas de la liberación suprema. Resulta notable el conjunto porque todas las figuras corresponden al tipo indígena primitivo, como si el indudable y desconocido pintor aborígen hubiera sido apenas fiel copista de los conceptos escondidos en su mente por razón de la sangre.

Aun cuando breve esta página relativa a Tunja y características, no puede carecer de una mención adecuada acerca de la fuente inagotable que suministra cierta cantidad de agua tibia a la ciudad. Según el citado geógrafo Ancizar su temperatura se elevaba a 21 grados centígrados, en tanto que la atmosférica era de 18. El agua clara, estimadísima para el baño, de cuando en cuando trae hojas y frutas de roble, especie que de ninguna manera se encuentra en la localidad tunjana. La opinión del viajero de 1850 favorecía la sospecha de que la fuente profunda e originara en el desagüe subterráneo del lago de Tota, mezclada en el trayecto con aguas hirvientes; o tal vez en la serranía del oriente relacionada con las aguas termales de Paipa.

El *Pozo de Donato*, favorecido a pesar de su precario aspecto por antiquísima leyenda chibcha, tiene significado especial para Tunja. Los *cojines*, obra de talla en piedra anterior a la penetración europea en la Nueva Granada, reclaman hoy la atención de los arqueólogos y entendidos en la historia precolombina. Están orientados precisamente hacia Sogamoso, adoratorio sumo del Sol,

por lo cual siempre se les concedió significado litúrgico y ritual. Son de piedra, están juntos, y miden ocho decímetros de diámetro. Su altura con relación a la baldosa de donde emergen es de cuatro decímetros. Su trazado es perfecto y revela el uso de instrumentos metálicos.

Si los indígenas se limitaron en los siglos de su autonomía y en los señalados por la ley española al cultivo de la tierra y al comercio activo de sus vegetales y de sus manufacturas primitivas, significaron mucho para la patria a la hora de las definiciones políticas y de las contiendas guerreras. A pesar del influjo tradicional de los monarcas españoles sobre la mente boyacense, esta no vaciló en acogerse a los principios que sin desconocer la majestad del rey favorecían la constitución de un gobierno claramente granadino. Porque este modo de pensar se hizo fuerte, resultó posible la presencia de la provincia de Tunja en el Congreso de la Provincias Unidas. Ya está dicho que el gobierno general de la federación tuvo asiento en la ciudad de Tunja, a donde ocurrió el Libertador en 1814 con el fin de someter al juicio de los legisladores sus actividades militares.

Cuando llegó Don Pablo Morillo a Cartagena y, con él la cruda persecución a los patriotas y el suplicio para centenares escogidos entre los más ilustres, los campos boyacenses se vieron obligados a mantener holgadamente al ejército reconquistador. La provincia de Tunja soportó a los soldados del general José María Barreiro en 1819. Llegado el momento, las montañas cubrieron el avance de Bolívar y Santander que descendían de las alturas paramunas de Pisba en dirección a las planicies abundantes de Paipa; y las campiñas se desprendieron de innumerables aldeanos para que los republicanos le convirtieran en infantes ligeros y en jinetes veloces.

Las acciones del Pantano de Vargas y del Puente de Boyacá, triunfales para la república, significaron la liberación de las comarcas del centro de la Nueva Granada y permitieron que a todas partes fuese conducido con gloria el pabellón tricolor.

La antigua provincia de Tunja recibió como premio de afanes el nombre de Boyacá.

CURIOSIDADES GEOGRAFICAS DE COLOMBIA



Vista del Altar Mayor. Iglesia de la Mina de Sal de Zipaquirá.

